

CASA DE DIOS MUERTOS

JEAN-CLAUDE IDÉE

Pieza en un acto

Traducción de Emilio Carballido



PERSONAJES

Los vivos: Pierre 30 años, músico
Mujer Su Mujer

Los muertos: Clara su hermana menor
Madre Su madre
Padre Su padre, capitán de marina mercante.

Un piano.

Un aparador.

Una mesa.

Cuatro sillas.

Una carta marítima prendida sobre un cuadro negro.

Todos los muebles están cubiertos de fundas blancas.

PRIMERA SECUENCIA.-El sueño.

PIERRE: Tal vez en su fuga los sobrevivientes llevan altas ventanas rotas, por las cuales se percibe la profunda penumbra de un salón con muebles cubiertos de fundas blancas, como témpanos agonizantes. O bien, altos muros solitarios, en medio de ruinas donde el papel tapiz, sembrado de grandes flores borrosas, se rasga con el viento. Y tal vez cuelga, de un clavo oxidado, un cuadro polvoriento, negro, oblicuo, vacío.

MUJER: He soñado esta noche. Tú querías morir y estabas lejos de mí. Volvías de la gran ciudad posada entre el mar y la fuga desatinada de nubes, en el otro

extremo de este país. Marchabas a lo largo de muelles donde los barcos amarrados hincaban sus rodillas de caballos ciegos. Tenías un arma en la bolsa y algo en ti pedía socorro. Me desperté, la garganta plomiza por el miedo, y aquí voy, sola y temblorosa, sentada en mi coche, con toda la inmesidad de esta tierra desparramada delante de mí, ésta que me separa del sueño que persigo. Ruedo y la ruta es un punto tendido entre el horizonte y yo. Y, de pronto tu imagen me invade con una nitidez insoportable. Tú estás delante de la gran reja herrumbrosa, al fondo de la cerrada donde las casas vacilantes se empinan para verse en las aceras lustradas de lluvia.

(El hombre hace un gesto con la mano)

MUJER: ¡La gran reja! Con su grito de pájaro desesperado, como antes, la abres y está el estanque negro, carcomido de musgos, y ahí sobre el paseo lodoso, que huye entre momias frágiles de rosales, ahí está tu infancia. Más dulce hoy y más querida, como mujer amada que las arrugas han velado. Hace tanto tiempo que no has venido. Esta casa te obsesiona, pesada y vaporosa como el recuerdo de la felicidad.

(El hombre alza los ojos y suspira)

Ahí está: prudente, gris y fiel, agazapada al fondo del jardín. Te espera: casa de dioses muertos.

El sol va a la deriva sobre las capuchas picudas de los techos, detrás de las fábricas del barrio. Y de repente, la vieja música olvidada, la música dulce y buena te muerde el corazón y te cierra los ojos. ¡La música! El viejo piano de la sala, sobre el cual hacía siempre sus ejercicios torpes tu hermanita. Y tú corrías a la puerta, llevando entre las manos una esperanza insensata. Avanzas por el vestíbulo cargado de sombras y detienes, con los dientes cerrados, al corazón que te salta en la boca. Osci-

la la puerta del salón: se abre hacia ti, ellos visten como antes y tienen las actitudes familiares. Y esta noche de carnaval te hace volver a ver el gran barco negro que comandaba tu padre. Tu garganta se anuda ante la idea de que parte hacia el otro lado del mundo, por mucho tiempo. La mano de tu madre te aprieta un hombro y tu hermana llora, su cuerpecito pegado a tu costado. Solos, al fondo del muelle desierto, escuchan las fanfarrias indecisas que giran en la red de las calles lejanas. No les quedan más que las gaviotas, dormidas a la deriva sobre arco iris oleosos en las charcas de petróleo.

SEGUNDA SECUENCIA.-

Los muertos hablan a los vivos.

TODOS: ¿Y serán verdaderos los fantasmas dulces del amor?

Pues la esperanza azulea los dedos entumidos del sufrimiento.

Sueñas con existir, pero tu aliento

apenas deja un surco en los espacios infinitos del tiempo

Rómpace la cadena que te liga al instante, canción vana

vívase ya la vida como un hermoso simulacro

como un amado rostro
Se erige en el espejo
lo irreal de la belleza
esa que nos escapa
nos conduce a desear
la que no tiene nombre
Sobre nuestros recuerdos
la enorme piel del cielo
se tiende
Y te vemos envejecer
y esforzarte en creer
a la sombra de la ambición.
Y los entierros
se llevan las imágenes
de cuanto parecía real
y que tan solo es polvo
que te sopla en el rostro
la oscura máscara de lo eterno.

CLARA: Ilusiones.

MADRE: Reflejos.

CLARA: Fuga relampagueante de
nácares.

PADRE: Luces que nos dan som-
bras
en vez de días.

TODOS: La impostura de las palabras
que nos hace creer
entre las noches ásperas
en la existencial del amor.

PADRE: ¡Dios!

TODOS: Qué palabras tan dulces,
tintinarán mil veces
en cascabeles de sordos y de
locos.

PADRE: Amar.

MADRE: ¡Morir!

TODOS: Con la cansada mano
trazar sobre los vidrios

del tiempo que se escapa
un signo vago, un grito
que con tu aliento borras
en tanto te ensombrecen
los océanos de las horas.

TERCERA SECUENCIA.- La madre.

*(El permanece así un instante, lue-
go se sienta)*

MADRE: ¡Mi muchachito! No digas
nada, hablarás después, cuando
llegue para nosotros el momento
de imos. La voz humana nos
borra, nos disipamos con su rui-
do. Déjame verte. Haz envejeci-
do. No pongas esa cara tristoná,
envejecer es un lujo inaudito.
Nosotros ya no podemos. Me ale-
gra verte sano. Siempre tienes
tus manos, muy largas, finas y
enredadas, paliduchas. ¿Te ries?
No tenías empastes en los dien-
tes, ni esa fatiga en la mirada,
como si cargaras un gran baul en
el fondo de los ojos. La tristeza
de tu vida te nubla el rostro. Ya
sé, muy seguido sueñas conmi-
go. No te apoyes en los muertos.
Vive el instante, es un grano de
uva que estalla bajo tu lengua, es
el relámpago imprevisible de un
gesto amoroso. Húndete hasta el
cuello en la marea caliente del
mundo. Hace aquí tanto frío, y
nosotros no podemos escalofriarnos.
¿Y tu trabajo, la músi-

ca? Estás flaco y con las uñas sucias. ¿Al menos, no te falta nada? ¿Tus hijos, verdad? No te puedes habituar a su ausencia. Ya sé, así también nosotros.

...Claro que supe del accidente. Lo que vive, se nos escapa, pero lo que entra en la muerte participa de la misma fluidez grisacéa y se hace nuestro. Yo no sé que nos ha hecho vivir aquí, en este instante, pero comienzo a darme cuenta por qué viniste. ¡No mientas y mírame! Tú quieres terminar. Y ese objeto negro que tu mano aprieta en tu bolsa, ¿quieres servirte de él, contra ti mismo? Lo intuí.

(El hijo saca un revólver de la bolsa y lo observa).

¡Espera! a mí el tiempo me huye...
Concédete algún tiempo.

(El hijo guarda el revólver en la bolsa).

Tu cuerpo está abierto a la vida, otra vez puede transirlo la esperanza.

Recuerdo: ¡Tanto orgullo de tí!
Mi hijo, ¡un verdadero artista!
Después de la muerte de tu hermana, ésa fue la última alegría que me dio apego a la amargura de vivir. Acuérdate: en esta misma pieza tocabas horas y horas, sólo para mí.

(El hijo se vuelve al piano).

No tienes derecho a que con tu muerte se cierre esta puerta tuya, por donde la belleza encuentra sendas para desparramarse por el mundo. La vida es infinitamente preciosa, no la malgastes. Imagínate, la oportunidad única: ¡estás vivo! Imagínate la infinita cadena de tus antepasados que recorrió la vida y que son ya como mariposas lamentables, clavadas en la carpeta del vacío; a través de ellos la vida llegó hasta mí para reflejarse en tus facciones. Se te escogió para vivir. Vives en mí, tú y yo estamos presentes en mi madre... Puedes remontarte así hasta la primera célula que ha vibrado en el caldo primitivo, pues allá estamos, y antes que la tierra fuera estuvimos, antes que los universos, las galaxias, los mundos, estuvimos, hasta el sitio secreto que no podemos concebir, donde tuvo su nacimiento... Estuvimos....

Me acuerdo de ti, tan pequeño y sin embargo tan pesado en mi vientre. Me decía: soy su madre, es mi niño, es mio, yo lo hice ¡y que nadie se atreva a quitármelo! No comprendía yo nada. Debí decir: los niños son libres, no pertenecen a nadie.

Se desenmascara la vida misma

para el que está creciendo en los meandros de mi carne. Ese honguito color de rosa, oscuro y comatoso es un huésped que debo recibir con respeto y gratitud. Yo, que no sé dar, he recibido tanto: cuando saliste de mi vientre, con dos trozos de cielo ciego en medio de la cara, con tu boca ávida. Y cuando creciste: alborotabas en el jardín las parvadas de pájaros despavoridos. Y tu sombra, que te perseguía por la playa, y tus manos nerviosas crispadas sobre la plata líquida de pescados convulsos... Y ese aire grave que de pronto tomaba tu semblante, cuando te inclinabas sobre el piano, como si al cansarte de jugar te quitaras la máscara de la infancia... Tú, como un amante, los ojos entrecerrados, las manos soldadas a la música, la nariz apretada por la pasión y sobre tu labio superior algunas perlas húmedas de sal... Tú, a los doce años, y Clara de seis, ella se sienta bajo el piano, a tus pies, los ojos redondos, la boca entreabierta, como delante de un ángel descendido del cielo con un pedacito de astro en la boca... No me escuchas. ¡Pobre muchacho! Tienes las sienes húmedas y la luna ilumina lágrimas entre tus pestañas. Después del accidente, debiste volver a ver a tu mujer. Ella te dejó, trastornada por esa desgracia. Hace mucho que espera un gesto tuyo, y no ha

llegado. Ahora estás solo y tienes vergüenza. La ausencia y el silencio no curan heridas así. Tiemblan tus labios... ¿Tienes fiebre? ¡Vaya! Una felicidad infinita te inunda y tú mismo no lo sabes. ¿Quién se atreve a decirse desdichado mientras pueda una tarde tibia perderse en los perfumes desparramados de las rosas, como al fondo de un ilimitado océano...?

MUJER: Ahora tú te acuerdas de los trenes, de la noche en esa pequeña estación de las afueras, cuando Clara y tú fueron a esperar su viaje furtivo. Los trenes hambrientos que devoran distancias con ritmos de centellas. Los trenes que tus deseos extraviados persiguen en su fuga hacia la soberbia vasta y libre del horizonte, pleno de aire y de vacío. El ojo rojo de los trenes que se aleja en lo azul infinito del silencio. Y solo queda la salita de espera sembrada de papeles grasosos, sin luz, sin aventuras, sin esperanza...

CUARTA SECUENCIA.- Las voces del silencio.

CLARA: Escucha
en el profundo subterráneo del espacio
me anido
y del amor lanzo ante mí los luminosos filamentos
y en la enramada prevista de los astros tramo nuestros recuerdos.



TODOS: Escucha

Las voces del silencio susurran en el crepitar azuloso de los astros y vienen arañitas ligeras de vientre blanco a posar sus desnudas sombras en los párpados cerrados.

CLARA: Escucha entre mundos recién nacidos para ti edificué la dicha sin imágenes, y sigo esperando

Que otra vez nos encontremos en el inmenso río de seres que ven fundir el tiempo en el espacio.

TODOS: Escucha

Enejbambres de galaxias giran en

el ilimitado horizonte

y en el misterio desmesurado del vacío hay la apertura de un bostezo enorme.

CLARA: Pero de Dios, no hay más señales que su nombre.

TODOS: Cómo percibir ese cuerpo infinitamente parcelado y pendiente, que los planetas son sus células

y cada alma es un átomo y una fracción cada deseo.

CLARA: El tiempo es un gastado bombín que olvidaste en un tren. ¿Pero tu viaje adónde va?

TODOS: El universo entero se reúne a nosotros como enorme ca-

dáver sin llegar a colmar el sentimiento adverso de flotar y flotar en ese espacio como en unos enormes zapatos viejos.

(Él se levanta como para detener a alguien. Clara está de pie a su espalda, se vuelve a ella.)

QUINTA SECUENCIA.-

La hermana

CLARA: ¡Clara! No hay muchacha que peor le hayan puesto su nombre. Acuérdate, yo era tan pequeña, siempre a tu sombra, bebiendo de tus labios, tocando las yemas de tus dedos, respirando apenas lo necesario para no asfixiarme. Oprimida siempre, y asustadiza, pidiendo perdón a todos por estar ahí. ¡Clara, Clara! Me llamaban y yo iba, los ojos bajos, pegándome a los muros, royéndome las uñas... Una mirada me ponía roja, lloraba por que una mano me soltara o porque me negaran un pastel. Me encontraba yo fea, inútil, vulgar. Nada más los otros estaban vivos, yo era sólo un simulacro. No sentía en mí densidad, substancia, algo tangible que respondiera... ¡Qué equivocada estuve! Tú, pretendes coagularte en lo inmóvil eterno, y estás loco de no aullar al mundo tu gozo inmenso de existir para la danza móvil y fugitiva del Acto. ¡Vive! ¡Ama!

¡Atrévete! Nada puedes temer de nadie, nada podrá impedirte morir. Eres libre. Acuérdate.

¿Me encuentras cambiada? ¿Ya no reconoces en esta sombra de voz límpida a tu hermanita, mujer-venada errante y arisca, siempre a la defensiva, lista siempre a huir ante lo desconocido? Hay seres a los que el vacío y la sombra confieren más substancia que la vida. Yo era tan débil, encerrada en el miedo y la desesperación, que me llegaba muerte en plena cara, como un gran bofetón de aire nocturno, vivificante. Como esas flores translúcidas, que sólo abren a la claridad parsimoniosa de las estrellas, me abrí a la ausencia. ¡Pobrecito hermano mayor! Me pareces débil, ridículo, con tus sucios mechones rubios, tus ojitos de alcancia y tus labios blandos. Y sin embargo, eras mi dios... ¡Gran hermano invencible! Bello, fuerte, inteligente, sabio. Tú que me protegías del mundo, que disipabas mis angustias, tú, mi risa, mi luz, mi paz... ¡Sin ti no me imaginaba poder vivir! Es por este hombrecito que me maté cuando hizo un casamiento tan precioso, que daba tanto orgullo a mis padres... ¿Te sorprende? Tenía yo para ti tan escasa importancia... Me querías, ya lo sé, pero con distracción, como a un animal

familiar que uno le pasa la mano cuando lo encuentra en los corredores. Pero yo. ¡Yo había colgado mi vida de tu rostro! Te has negado a entender por qué me colgué justamente en tu recámara. No entiendas, eso tranquiliza tanto... Los recuerdo, a ti a tu mujer, sus maletas en la mano, en el sendero primaveral, entre las rosas que aun cerraban sus labios. Mamá lloraba sobre la escalinata, papá la sostenía y con la mano imitaba los gestos del adiós. Yo los había esperado junto al estanque, te robé un beso, en silencio, y corrí a la casa. En la cocina, tome la vieja cuerda de tender ropa, que estaba al fondo del armario. Muy aprisa después, sin aliento, apretando los dientes para no pensar, subí a tu recámara. Pasé la cuerda en tomo a la gruesa viga, donde tantas veces, en los inviernos, colgamos el columpio. Me trepé al viejo cofre de los juguetes...

¿Mis últimos recuerdos? El ruido de tu coche, arrancando, el rechinado de la cuerda, bajo mi peso, la especie de mareo que despertaba en mí el balanceo de mi cuerpo y ese pesado sol de ocaso que caía bruscamente a la recámara, como un pájaro sangrante me veía a los ojos...

No, perdóname, no debía decirte. Te amo todavía, aún muerta, ¿sabes? No he podido arrancar-

me de tu alma. Te espero. Aquí no habrá más trabas, nada que nos separe. Todos los muertos están unidos, somos de la misma substancia. Es la peor sensación para los que odian, no, para los que aman. La sombra se mezcla a la sombra, todo se apacigua y se confunde. Podrás reposar en mí. El espacio sin límites, donde se abisma el polvo rugiente de los mundos innumerables, no es más que un punto minúsculo y ahí todo se equilibra en la armonía suprema del amor. Te espero, hermano mayor, y bendigo a la muerte que me permite decir, por fin, te espero, mi amor...

SEXTA SECUENCIA.-La ruta.

MUJER: Ruedo. devoro incansablemente las rayas blancas de la autopista. El sueño me muerde la nuca. Tu rostro me asalta con cada neón que oscila hacia mí. Mis párpados tiemblan como pesadas puertas azotadas por el viento del sueño. La noche es un hoyo negro al final de la V del horizonte, y ahí caigo infinitamente hacia ti. Después, en el fondo del tiempo, nos volvemos a encontrar y abriré tus brazos al sol. De nuevo estaremos cara a cara, entre nosotros la frontera indecisa del instante. Desconocidos, como el primer día, extraños y sin embargo tan cercanos.

Tus cabellos habrán crecido y no sabré ya el color de tus ojos. ¡Quieres morir solo, desligado de mí! ¡Estás loco! Te quieres cercenar de las cosas sin un grito para el recuerdo, pero nada será como imaginas. Me lanzo hacia ti, por delante de la muerte. Los ojos de los coches dan vueltas como las patas luminosas de grandes insectos voraces que avanzan en la noche. Pongo todo el peso de mi deseo sobre el acelerador, mi pie se pega a la quemadura vibrante del piso. Aulla el motor como si mi talón le penetrara en las entrañas.

MADRE: Tanta fatiga te endurece las piemas queman tus ojos y se nublan con vapor de lágrimas. Tal cual pesan los riñones de un hombre que la noche ha encorvado sobre labor oscura y primorosa, así pesan los tuyos, y traerá el alba un entorpecimiento de apagados ladridos.

PADRE: Tanta fatiga que te empasta la boca y te tuerce los dientes, y te cava su arado esos zurcos que ahuecan tu rostro. Lo lento de la noche te pesa como capa sombría empapada de lluvia y de

(dolor

Se abre tu boca para un último trago de aire antes de la gran caída convulsa del olvido.

Tras de meses y meses huyes de tu propia memoria.

Y ni siquiera la distancia puede cambiar esos rostros difuntos de (tus hijos

su precisión delirante

Tus recuerdos se mezclan al olor familiar de tus ropas marchitas y son ratitas petreas color de rosa que traes por distracción en los

bolsillos

devorando lo negro de tus uñas.

CLARA: Reaparecen los cuerpecitos acunados entre los resplandores del

(incendio

Y uno tiene la cara rota, como muñeco elástico

y en el vientre del otro se entreabre una maleza tibia de vísceras. No era lo más terrible.

MADRE: Era lo más terrible la cara de tu esposa inclinada sobre los restos de los niños aureolada con una gloria de pacotilla por las flamas que lengüeteaban

el esqueleto de tu coche.

CLARA. Ese rostro, de golpe lo retorcia el horror, el estupor se deslizaba un instante y de pronto irradiaba un amor indecible nueva natividad incandescente negativo de la esperanza.

MADRE: Y por fin tu mujer se volvió hacia ti con el rostro

(emplomado de odio

una espantosa dicha te dejó ciego era una máscara de hierro al rojo vivo posada sobre el blanco de tus ojos.

SEPTIMA SECUENCIA.- El padre.

PADRE: Quiero pedirte perdón. No me ocupé de ti lo suficiente. No me di cuenta de que tenía hijos. Estaba ciego: el trabajo, el dinero, el éxito personal, los viajes. ¡Qué importaban! Cuando tomé conciencia, era demasiado tarde. Tengo la impresión de nunca haber hablado, verdaderamente, contigo. Me siento responsable de tantas cosas... Soy el único culpable de la muerte de tu hermana, de su apego contigo, tan anormal. Debiste cumplir con ella el papel que yo no pude. Si, ya sé, mis remordimientos no van a cambiar el pasado... Nunca jamás florecerá la luz sobre estos restos de ceniza. Murió tu madre pocos meses después de Clara; por culpa de esa niña, que nos dejó sin decir nada, le entró la gana de no existir. Se fue con la sonrisa benevolente de los desterrados, que nos dejan para volver con los que aman y necesitan. Solo, continué soñando en el silencio espeso de esta casa, como en un barco a la deriva... Tus dos niños no bastaron para darme calor en

el naufragio. Venían tan poco, yo era un abuelo tan sombrío, tan triste, y sentía que tú los obligabas a esas visitas. Prefería borrarirme, para no molestar a nadie. Qué gran dicha morir antes que ellos... ¿La muerte, dices? Comprendo tu pregunta, es una curiosidad legítima... La muerte es diferente... La muerte no es la nada, ni el final. Es la faz oscura de las cosas, la vertiente del valle que no toca el sol. Es la enormidad gris y uniforme de la dicha. Sí, de la dicha. La muerte es un largo síncope en que todo se anula en una fase de sueño profundo del que nos despertamos como universo. Para ti, ¿tal vez sea difícil de admitir? Imagínate el mar: es único, aunque millones de gotas lo compongan y cada gota de agua está formada por millares de átomos. Así en mi despertar me sentí plenamente átomo y océano, a la vez. Una evidencia fue como un rayo: tuve total conciencia y percepción de cada gota que rodaba desde la noche de los tiempos, del océano de los mundos y sabiendo todo y habiendo todo visto, la indiferencia sin medida me penetró con su alcohol absoluto. Pero el estado de la muerte no es uniforme, varía y fluctúa como si estuviera sometido a una oscura climatología. A veces nos desprendemos de la marejada de

almas, está bien llamar así a eso que no es la carne ni la nada. Volvemos a nuestro pequeño yo solitario y retomamos una vaga apariencia de cuerpos. Ignoramos quien nos impone esta mascarada y por qué. Tal vez volvemos a sitios familiares sobre la tierra, pero todavía nunca me he comunicado con un....viviente. Yo no sé más que tú sobre el por qué de las cosas. La muerte puede ser un tránsito, una sala de espera vasta como el universo. Permanecemos espectadores melancólicos de la locura renovada cada instante de este que fue nuestro mundo. Nada más a los vivos que hemos amado aun les queda el poder de hacemos sufrir. No recuperamos la paz hasta que el último se nos reúne. Para algunos de nosotros, esta espera es difícil. A menudo, en su deseo de paz, los muertos piden a los vivos que ya no existan. Pero no sabemos nada del futuro. Escoger el instante de su muerte, es la única libertad del hombre frente a la nada. Saborea tu libertad, más grande que el mar, pero acuérdate que la vida también puede ser bella para los que saben beberla solos y erguidos en la luz.

OCTAVA SECUENCIA.- Tutti.

MUJER: Me acerco. Corre la ruta,

larga como un gran río. Dentro de unos minutos va a aparecer el pueblo, al otro lado del estuario, quieto y flotante. Bajé el vidrio, el aire me pega en la cara su vientre de sal. Lo que ocurra, es culpa mía. Siempre hicimos el amor con los labios cerrados. Te abandoné como ebria de desesperación, esperaba que me forzaras a amarte todavía, pero no hiciste el menor gesto para detenerme. En la espera me congelé, vidriosa, glauca, como el alto, silencioso ESPEJO frente a la puerta, abajo de la escalera. Soñaba con tu boca como un venero en medio del arenal de mi vida. Tenía el recuerdo de la placita bajo los faroles, donde nos encontramos. Una feria indigente, con olores de provincia, se entristecía bajo los toldos, como un sueño. Los rifles cansados, las pipas de barro, todas rotas. Tú estabas solo al fondo de la gran cervecería. El piano desafinado desgranaba una pobre música. Me acerqué a ti a través del humo frío y las mesas cubiertas de vasos estrellados. Y se volvió de pronto tu rostro hacia el mío. Algo en mí fue como una explosión que levanta un velo, algo en mí te amó. Algo tan profundamente hundido en la infancia que los dientes me castañeteaban a la sola idea de tu primer beso. Algo en mí esperaba, después de tantas y tantas

noches en que el sol se largaba al fondo de la sombra, ante la marea ascendente de las estrellas. Algo que siempre te buscaba, desde lo hondo de una selva de miradas. Algo como el dedo de Dios sobre mi sien.

PIERRE: Un dios oscuro y dulce me invita a no existir y en mí cantan el amor y la muerte, como un cuchillo contra un vidrio.

Trazo húmedo y lento de un labio de mujer

la nada, matriz de oro donde acurruco mi pánico

Libre por fin de las miradas y del odio, de los reproches y de la

(ausencia

de la necesidad de amar, de amistades sin rostro

y de lo negro del silencio y de la insaciada temura

y del dolor, que es un atroz retruécano

libre de mí mismo, mi enemigo más cierto,

siempre cruel, siempre atento y presente

libre ya de la edad y de las mentiras.

CLARA: Te quedaste solo y la vida es una trastienda en que te emborrachas sobre tanques de petróleo oxidados, tu cara descompuesta por luces de neón tuertas.

MADRE: Sin embargo, no está lejos el verano en que corrías por la

playa al borde del cielo, agitando como sonaja tu cabeza llena de risas infantiles.

CLARA: En el destierro del tiempo tu espíritu se cuelga sobre el brocal del pozo profundo de tu aliento.

MADRE: Sólo penetras el dolor sordo y voluptuoso de estar vivo.

MUJER: Ruedo, el miedo me lastima los dientes

tu rostro me viene a los ojos al ritmo de los tambores de mi sangre

En mi cabeza, la música. El pasado me sube a la garganta.

Mi pecho se aplasta bajo la enormidad de nuestro amor.

PIERRE: Vacio, confundido en el movimiento eterno del átomo.

¡Yo! Por fin ese grito que nada detiene ni corrompe y que vuela hacia lo infinito como un pájaro desmesurado cuya sombra huye sobre las nubes.

CLARA Continentes de rostros que el alma lleva a la deriva.

MADRE: El calor de tu boca tiene el ténpano dorado de la dicha.

CLARA: Tu mano tendida como el caracol roto del que ha huido el murmullo del mar.

MUJER: Siento que si pierdo el menor segundo huirás para siempre. Llego, el pueblo entero se levanta y restalla en el horizonte como una vela isada en un viento de tormenta. Busco aun el nombre de esta fuerza oscura que me

obliga a venir aquí. Te imagino perdido en esa casa muerta, debatiéndote en las confusiones de la sombra.

CLARA: Flotas como pez asfixiado en el río estático de tu miedo.

MADRE: Mentira, a la muerte de los espejos, también la estrella duda de su luz.

CLARA: No esperes nada. Estás solo. Únete a mí.

MADRE: Vive. Tienes todo. Estás y eres en lo Único.

PIERRE: Muerte, amante última y profunda
hembra descuartizada en que me hundo hasta el alma
Posa sobre mi cara la tierna violencia de tus piernas
como la luz patética de los mástil del navio desfondado que el amoroso mar levanta y mece antes de hundirlo
lejos, perdido en el torbellino húmedo y hueco del sexo en que todo nace.

MUJER: En los suburbios, piso los talones de la muerte. Cada luz roja que se enciende es un lanzazo dirigido contra mi amor. Y tú en mi cabeza, con ese pedacito de metal entre los dedos.

MADRE: Vives el enorme acto de amor permanente de la conciencia.

CLARA: ¡Ven! Marchas hacia el instante en que por encima del lago inmóvil del tiempo, las manos de tus antepasados te llevarán ha-

cia la luz. Tendrán la blancura olvidada de grandes algas traslúcidas y heladas. Sus caricias serán desgarradoras y tiernas como la sangre que llora en los labios de un beso.

MUJER: Ha cantado la alondra en el presentimiento oscuro del amor. Emerge sobre el mar como un témpano inmenso. Nos toma el frío azuloso del alba. Y de pronto ya sólo te rodea la tinta espesa de tu soledad.

PIERRE: ¡Muerte! Posas tus manos de fuego bajo la borra viscosa de mi cerebro. Circunvoluciones cerebrales: limo ridículo de la tristeza; un pensamiento se eleva ciego y sin esperanza en el universo eternamente vacío...

Muerte, hunde mi rostro en la almohada profunda de tus entrañas. ¡Tómame! ¡Bébeme! Impide para siempre que diga "yo". Pobre, flaco, pequeño "yo" filiforme, egoísta y fétido. Muerte, vientre infinito de éxtasis donde derramo la estéril simiente de mis lágrimas. Escucho en mi corazón, una última vez, este fragmento de astro prisionero que se obstina en batir las paredes de su jaula a golpes de silencio y de sangre.

MUJER: Freno en tu calle: un sol rojo levanta su pupila titubeante tras los barrotes de tu reja. Corro hacia ti.

PIERRE: Una vez más la luz

Ahí estás, ojo lívido que tiemblas
al fondo del rostro azuloso de los
bosques

Sol

Te abres amplio, rojo y húmedo,
rosa de oro

y las manos enormes de la espe-
ranza se posan sobre el hori-
zonte

Miel de felicidad llega a mis ojos
una vez más, plena de júbilo, de
horror, de promesas y de ruido, la
vida levanta en el día nuevo su
rostro de amor y de odio.

Por Dios, fue terrible y voluptuo-
so estar en el mundo.

*(Pierre se pone el arma contra la
sien).*

MUJER: ¡¡¡ Pierre !!!

*(Pierre se vuelve a su mujer, que
acaba de entrar a la pieza. El per-
manece inmóvil. Ella tiende la mano
hacia el arma. Él duda).*

FIN DE LA OBRA

